

CARLOS CASTILLA DEL PINO

(San Roque, Cádiz, 1922-Castro del Río, Córdoba, 2009)

En el año 2011 aparecieron sus *Aflorismos. Pensamientos póstumos*, un conjunto de 844 textos escritos entre 2003 y 2009, que el autor había dejado dispuestos para su publicación. El neologismo elegido —*aflorismo*— enlaza, como señala Celia Fernández Prieto en la presentación del libro, con el «gusto por el pensamiento que *aflora* y que sintetiza inesperadamente aquello cuya cristalización verbal se perseguía un poco a tientas». «Pero también cabe ver en ellos —continúa Fernández Prieto— un movimiento inverso, una decantación de lo que en otros lugares mereció un tratamiento sostenido y que ahora aparece transformado en máximas, en advertencias y reflexiones, en fragmentos personales y autobiográficos, sirviéndose a veces de la paradoja, la interrogación retórica o el juego de palabras. El placer de una escritura libre de normas, en que el científico y el filósofo se permiten el lujo de la definición sin la exigencia de argumentar, matizar o probar» (10). Y la nota del autor con la que se abre el libro, fechada en el 2008, lo deja muy claro. Tras copiar la definición que de «afloramiento» y «aflorar» ofrecía la vigésimo segunda edición del Diccionario de la Real Academia en su tercera acepción, escribe Castilla del Pino: «*Aflorismo*. Algo que se me ocurrió, surgió o me apareció de manera más o menos inesperada. / *Aflorismos*. *pl.* Colección de aflorismos. / Y como afloraron —en cualquier lugar, en cualquier momento—, los llamé, al comienzo del siglo en que estamos, *aflorismos*. No es disculpa; es mera información». A lo que añade, «El aforismo concluye. El *aflorismo* comienza; no acaba donde concluye». El resultado es un conjunto

de textos precisos que abordan múltiples aspectos de la realidad y profundizan con agudeza en la constitución psíquica del ser social.



La felicidad —ya me entienden— no se la encuentra; se construye.

Saber qué no leer: la forma superior del leer.

Haz de forma que sea impropio decir de ti que trabajas, porque juegas.

Vive de tal forma que cuando llegue la hora de la muerte sientas pena por dejar *esta* vida.

No te exhibas. Que los demás te descubran.

¿Se puede morir antes de haber muerto? Sí; eso es la derrota.

Ser como otro: imposible. Nadie puede dejar de ser quien es, ni siquiera quien ha sido.

La intimidad existe para descansar de las otras formas de vida.

Diríamos que cada ser humano tiene un repertorio de actos posibles, fuera del cual «él» no está.

¿La vida? Una de dos: o nos la hacemos o nos la hacen.

Estoy en lo cierto: me equivoco y no lo sé. Estoy en lo incierto: acierto pero no sé en qué.

Escribir: no querer morir.

El silencio, metáfora de la muerte... Pero hay que callar, inevitablemente; como hay que morir.

No hay voluntad, hay deseo. La voluntad es un deseo permanente, crónico incluso.

Poder estar solo no es ser solitario.

Los objetos no son datos, sino significantes.

Hablar puede ser hablarse, pero escribir es siempre escribir-*le*.

Con la cara se nace; el rostro se hace.

Uno trata de fijar al otro pero sus ojos nos rebasan.

Uno es todos los que puede representar.

La muerte es lo cierto; el morir, lo incierto.

La memoria es el cielo —o el infierno— de los que no creemos en ninguno de los dos.

No hagas el mal porque te lo haces.

Lo frívolo es la suficiencia de la inmediatez.

Sintámonos absolutamente libres para hacer el mal; pero no lo hagamos.

Estar en todo, revolotear: una forma falsa de vivir.

El carácter es nuestro esqueleto mental: así es de rígido.

No soy; me hacen ser. Somos imaginados por los demás.

Aquél que creemos que es, es. Porque, lo sea o no, actuamos como creemos que es.

Aprender a vivir es saber leer lo real en lo que se nos da escenificado.

La interpretación de un acto humano no tiene fin; se le pone fin.

Los hombres, para el científico. El hombre, para la sorpresa.

¿Estar al día? Sí, pero ¿en qué?, ¿para qué? No precipitarse; y en la duda, lo mejor es estar al día con uno mismo.

Cada uno elige, hasta para sí mismo, su forma de encubrimiento.

No hay diferencia alguna entre el que habla y lo hablado, porque lo hablado *es* el que habla.

Necesitamos del error para salvarnos: eso es también un error.

Lo indescifrado es un problema, no un misterio.

El morir hace mejor al muerto, de momento.

El pensamiento no cesa. Cesa la atención a lo que se piensa.

Vivir es el arte de aceptar la indeclinable derrota.

Una paradoja que no lo es: saber qué debemos ignorar.

El sujeto contruye yoes, y luego, cuando no sirven, los guarda o los destruye.

No somos lo que los demás imaginan, pero tampoco quienes imaginamos nosotros.

No se es neutral; se simula.

Mi otro yo me conoce: es un yo mismo. No puedo engañarle. Y si lo intento, sonrío.

Mejor no probar el poder: podría gustarnos.

La teoría, un proyecto sobre la realidad.

[*Aflorismos. Pensamientos póstumos*, 2011]